

HABITAR FILOSÓFICAMENTE EL MUNDO

DIANA M.
SUÁREZ y
SANTIAGO
GUTIÉRREZ

¡Contar con el pensamiento para hacer la vida! Es esta una afirmación que aloja y expresa una relación entre el pensar y el vivir que reconocemos como una actitud filosófica: reflexionar sobre lo que se vive, que el pensar afecte la vida, y a la cual puede llegarse cuando se realiza un acercamiento a la obra de Zuleta, o al menos a una parte de ella, con inquietudes sobre asuntos como el ser, la existencia, el tiempo, el sentido de la vida, lo que somos, el conocer, el pensar, entre otros. Cuestiones que hacen el conjunto, diverso y amplio, de motivaciones para emprender exploraciones que competen a la filosofía. Pero ¿qué es la filosofía y cómo está ella presente en la obra de este pensador?; ¿cuál es el entendimiento que de ella tiene?; ¿cuáles son los atributos de una actitud filosófica como la mencionada?

La filosofía en la obra de Zuleta se encuentra muy vinculada a la reflexión sobre la vida que vivimos, a la producción de conocimiento sobre ella; se refiere a una postura vital. Como un eco de sus palabras oiríamos resonar:



La filosofía surge cuando la gente encuentra que tiene carencias. Es uno de los más grandes encuentros que se pueden hacer en la historia: el encuentro de que hay algunas cosas que uno no sabe. Es un encuentro tardío [...] hay una forma más terrible de ignorancia que cualquier otra y consiste en creer que se sabe lo que no se sabe: mientras menos se sabe, más se cree que se sabe.

Saber de algo, entonces, nos pone frente a una diferenciación que se encuentra en Estandislaio: aquella en la cual nos propone el conocimiento como el aprendizaje de un saber y el pensamiento como las elaboraciones propias vinculadas a preguntas que surjan desde lo más propio de sí; el pensamiento, pues, como actividad y producción de saber a la vez, ejercicio simultáneo de reflexión, interpretación y conocimiento; una gran aventura en la cual se mantienen abiertas inquietudes sobre el cómo pensamos, lo que significa pensar, por qué pensamos como pensamos, quién actúa el pensamiento.

Proponer la filosofía, de la mano de Zuleta, como *la aventura del pensar, la actividad del pensamiento*, recoge un entendimiento de ella como inclinación, movimiento del ser que lo pone, en su experiencia vital, frente a lo desconocido y enigmático del pensar por sí mismo, del saber de sí, del hacerse a su propio sentido de vida (o en plural), a sus propias concepciones e ideas, a sus argumentos. Habitar filosóficamente¹ el mundo tiene que ver con correr riesgos, estar frente a grandes peligros, ponerse en situaciones incómodas y de alta inseguridad, transitar por lo desconocido, como ocurre cuando nos da por preguntarnos por la muerte, las relaciones amorosas, la realidad social. También ella, la aventura, exige saber repensar, poder reaccionar ante la imposibilidad, crear nuevas alternativas ante el obstáculo, saberse preparar antes de partir hacia ella, empacar algunas facultades imprescindibles cuando se trata del pensar: imaginación, creación, juicio, distinción, comprensión, reflexión, abstracción, contemplación, enunciación.

La aventura aquí significa la búsqueda y la creación de caminos propios. Para ella se requieren unas disposiciones particulares: soportar la angustia de estar perdido, no claudicar porque no se tenga claridad, avanzar no obstante la inseguridad de no saber hacia dónde se va, sin olvidar por supuesto las conquistas, las satisfacciones y los nuevos lugares que pueden ser posibles cuando se aprende a amar la dificultad que todo ello supone, cuando se interroga la vida que llevamos, tanto la personal como la colectiva. Un ejemplo de ello es ganar la conciencia de la muerte y la valoración de la vida a que nos lleva el reconocer la finitud suya. Nada hay seguro en una aventura, tampoco en *la del pensar*; no está garantizada ella como vivencia: se piensa como se sueña, esto nos advierte Zuleta cuando reconoce e interroga las preocupaciones por encontrar el método para pensar bien; no hay método para ello, no hay predeterminaciones o ejercicios de la voluntad para soñar o para pensar, ellos advienen a uno, acontecen.

Hemos reconocido, entonces, el pensamiento como un asunto central en Zuleta; esa fue su gran búsqueda. Él fue siempre un ser muy angustiado, y, en coherencia con lo que nos propone, fue capaz de hacerse cargo de esa angustia y, con inteligencia y creatividad, de atreverse a enunciar “cómos” posibles para el pensamiento en la existencia de cada quien, en tanto dedicó su vida al pensamiento como objeto de reflexión. Que la inquietud, la complejidad y la finitud sean posibles en nuestras formas de relacionarnos con el otro y con el mundo, que se estimule la capacidad de luchar, que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, que lo que nos demanda esfuerzo y dedicación tenga lugar, que encaremos el trabajo que supone una lucha contra sí mismo, son algunos de los llamados que Zuleta alienta, provocándonos preguntarle: ¿quién quiere atormentarse?, ¿quién quiere desacomodarse?, ¿quién quiere sentirse angustiado y permanecer en la duda?

Allí donde se logra con valentía enfrentar la dificultad de pensar por sí mismo, se asume una actitud filosófica, se sabe de la finitud, de la muerte, del dolor de verse rompiendo con ideas y seres que habían ocupado lugares esenciales en la existencia, se reconoce que no hay garantía de felicidad ni de tranquilidad:

Creo que la filosofía siempre que estuvo viva fue algo más que docencia y recuento de ideas. Fue vigilancia crítica, territorio del debate, impulso a la fecundidad del pensamiento. En nuestra sociedad el pensamiento está amenazado tanto por formas de adaptación que se promueven, como por las formas de desadaptación que se producen. Si la filosofía quiere llegar a ser importante, si no se conforma con un humilde sitio en la división social del trabajo, como especialización inocua en ideas generales, tiene que saberse combatida y afirmarse combatiente. (Zuleta, 2007: 37)

Ese el lugar que Estanislao supo darle a la filosofía: el que la sitúa en las vías de la actividad del pensamiento que cada quien pueda poner en marcha en el transcurrir cotidiano de su existencia, y no el lugar de “una especialización inocua en ideas generales”, como lo propone en el mismo pasaje referenciado.

El pensar

¡El ser humano no se inclina al pensamiento!
Que el pensamiento tenga lugar en nuestra vida constituye una dificultad; hay obstáculos que provienen de nosotros mismos y del contexto en que vivimos para que este pueda darse. Un entendimiento así se encuentra en las reflexiones de Zuleta, y es afirmación que suscita por lo menos dos preguntas inmediatas: ¿por qué no se inclina el ser humano al pensamiento?; ¿de dónde nos viene esa NO inclinación al pensamiento?

Yo, tú, él, ella, ellos, nosotros, somos efecto de las identificaciones que han marcado nuestra vida: queremos parecernos a alguien, lo admiramos, nos revestimos con formas, ideas, valoraciones, que configuran nuestra identidad y que provienen de otro. Zuleta entiende por dogma una convicción (ideas, representaciones, sentidos) con la que el sujeto se identifica, y en esa medida podemos afirmar que en un sentido fundamental todos somos dogmáticos por principio: creemos estar seguros de lo que somos, saber de eso que somos. Por tal motivo, cuando nuestras convicciones son interrogadas, consciente o inconscientemente, se suscita la angustia: las firmezas con que contábamos son impactadas, nos encontramos ante la desnudez de las afirmaciones, no sabemos qué vendrá, la identidad queda en suspenso. ¿Quién gusta de dudar de sí, de afirmar que no sabe lo que es, de aceptar que no tiene idea de lo que quiere? La inclinación entonces es a permanecer resguardados en las ideas de sí que tenemos, a evadir las incertidumbres, a protegernos de la acción desgarradora del pensamiento que interroga, que instaura dudas, que espanta certidumbres. Este proceso se da tanto en el ámbito individual como en el colectivo y

opera tanto en lo que somos como sujetos como en lo que somos como sociedad.

Las identificaciones de que nos revestimos y que constituyen nuestra identidad nos comunizan: los integrantes de una sociedad, de un conjunto, de una familia, compartimos creencias, ideas y valores que recibimos y en los cuales fuimos educados como forma de ingresar en esa comunidad a la cual pertenecemos. En ese interrogar que tiene que ver con la actividad del pensamiento se ponen en cuestión aspectos de la existencia en los que se cree, se duda de sí y del otro, lo cual exige o deriva en una toma de distancia frente a aquellas convicciones compartidas con las cuales hemos hecho la vida: formulaciones del estilo *en mi casa creemos que...*, o *nosotros los paisas somos...*, o *en Colombia nos gusta que...* resultan amenazadas, inútiles, desajustadas. Así entonces, serán inevitables los sentimientos de soledad y de culpa que nos asaltarán, pues nos hacemos extraños, diferentes a la comunidad que integramos y que nos homogeniza; se trata de una experiencia que significa una ruptura, que hace sufrir, que causa dolor, que implica renuncia. Razones estas para preferir sostenerse en las mismas convicciones, para negarse a atentar contra lo que se es, contra la comunidad.

Hay dos operaciones del pensamiento: la tendencia a romper con un sistema, un código, que generaba sus evidencias y otorgaba seguridad. Crítica, alegría de ver desaparecer lo obligatorio, que se ha vuelto inútil y de ver surgir lo que se revela necesario. [...] dolor de perder las complicidades anteriores y angustia de no saber hacia dónde conduce el proceso. Y la otra tendencia, que trata de construir una nueva coherencia, una constricción y normatividad más elástica y comprensiva. (Zuleta, 2007: 37)

De esta afirmación de Zuleta podemos desprender una forma de la felicidad: la del pensamiento como liberación, como ruptura. El ¡no! a algo, a un convencimiento que se tenía, va acompañado —si del pensamiento

se trata— de una nueva afirmación, de una propuesta, del crear. Con lo que resulta que el ejercicio del pensamiento se desarrolla en tensión, en él se dan movimientos opuestos, por ejemplo, de liberación o renuncia (en tanto significa ruptura de lazos y de moldes) y de constricción o sometimiento (acceder a un orden distinto, inscribirse en un sistema de valores distinto, elaborar nuevas representaciones). Si decimos tensión es porque necesariamente tienen que estar presentes ambas, la liberación con la tribulación que comprende ese aventurarse y la creación que es de nueva afirmación, nacimiento a lo desconocido, promesa de felicidad.

El pensamiento propone destruir para que nazca algo nuevo, reconociendo que a la conquista la precede la angustia, siendo posible que luego tenga lugar la satisfacción de la creación merced a los hallazgos. Qué se hace con lo hallado y cómo se significa eso, será el paso obligado de lo dramático del pensar: que dé lugar a la movilización que consiste en hacer algo con ello, la autonomía del pensante y la promesa de nuevos sentidos para el ser y, por qué no, para otros.

El pensador y el pensamiento

¡Aquel que actúa el pensamiento es el pensador! Ante la dificultad que tenemos para decir qué es el pensamiento, y dado que no contamos con una definición explícita de Zuleta del orden “el pensamiento es”, podemos afirmar, más bien, que “el pensamiento tiene que ver con”. Entonces, recogiendo de lo antedicho, el pensamiento tiene que ver con: interrogar, dudar, tomar distancia, atentar contra la identidad, diferenciarse, vaciarse de certezas, suspender los juicios, romper para crear, concentrarse en un asunto, explorar, detenerse, hacer algo con lo que se descubre, lograr una ejecución singular con lo indagado, producir un conocimiento propio de lo que se es.

El pensador explora y permite explorar; actúa la significación: es intérprete del mundo y de la realidad, es creador de sentidos; tiene un compromiso vital con lo que busca, que es la verdad; es transgresor:

amenaza una estabilidad poniéndola en interrogación a la vez que introduciendo sentidos nuevos. Todo lo anterior le exige a ese que con el pensamiento actúa, asumir ese deseo de saber hasta las últimas consecuencias, así como el compromiso de sentimientos, emociones y también del intelecto para hacer la búsqueda con lo que es. Así es la exploración que acomete, reconociéndose siempre como parte de una sociedad.

El pensador piensa con lo que es y se pregunta por el qué hacer con la producción de saber que realiza en la búsqueda, hasta dónde llegar con ese saber, qué efectos producirá en su sociedad. Serán el coraje y la valentía, y no tanto una postura del intelecto, las herramientas con las que el pensador cuenta a la hora de enfrentarse a estos movimientos que le son constitutivos. No hay método para el pensador que pueda ser transferido a otros. En este sentido, hay pensadores que son posibilidad de exploración para otros, esos seres que se constituyen en referentes imprescindibles para acompañar el andar existencial de otros, para asomarse al mundo y sus cosas. Pero también nos propone Zuleta el “ser pensador” como una forma de estar en el mundo, “ser pensador” como una posibilidad para cualquier ser humano; unos crean y permiten explorar, otros exploran y crean para sí sentidos: ¿el pensamiento nuevo será trascendente para uno o para el mundo? Pregunta cuya respuesta ofrece el rasgo diferenciador entre ambas formas de actuar el pensamiento.

El pensador piensa por sí mismo, no delega en nadie más ese trabajo; es ese el camino que recorre para producir algo nuevo, sea desde el arte o desde la ciencia, sea que transforme el mundo o que se transforme a sí mismo. El pensamiento como vivencia del sujeto tiene que ver con un “yo lo elaboré”, “yo lo conquisté”, y a partir de ello se hace posible la transformación de sí, de sus ideas y convicciones, por la introducción de un sentido nuevo para el ser pensante, así no se trate de un sentido inédito para el mundo. Es muy importante el pensar por sí

mismo como transformación del ser porque abre el camino para transformar la sociedad; así se recupera para una comunidad el pensador no de cosas inéditas, pero sí el pensador de ideas auténticas, conquistadas, ideas creadoras de sí: ese que todos estamos llamados a ser y en posibilidad de ser.

La actividad del pensamiento transita entonces como asunto transversal en la obra de Zuleta, en la palabra que de él podemos conocer a través de los textos que recogen la exposición oral de sus reflexiones. Esa actividad del pensamiento de la cual Estanislao hace problema, o problematiza, o que hemos problematizado nosotros de la mano de él, se abre a tres dimensiones: 1. *el pensar*; 2. *el pensador*; 3. *la obra del pensador* (el pensamiento, si se quiere, concretado), las cuales fueron ofrecidas de forma muy sintética en estas líneas, que esperamos aporten al recoger, interpretar, hacer con, actualizar la obra de este singular y auténtico pensador colombiano. ■

Diana M. Suárez (Colombia)

Miembro activa de CorpoZuleta, coordinadora de la Línea de Filosofía que hace parte del grupo de estudio “Estanislao Zuleta como referente intelectual: estudio crítico y creativo de su obra”.

Santiago Gutiérrez (Colombia)

Miembro fundador y miembro activo de CorpoZuleta, conductor de clubes de lectura y tertulias literarias. Integrante de la Línea de Filosofía, del grupo de estudio “Estanislao Zuleta como referente intelectual: estudio crítico y creativo de su obra”.

Referencias

Zuleta, Estanislao (2007). “Tribulación y felicidad del pensamiento”. En: *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. 10ª ed., Medellín: FEZ.

Notas

¹ Un decir de nosotros, integrantes de la Línea de Filosofía del grupo de estudio “Estanislao Zuleta como referente intelectual: estudio crítico y creativo de su obra”, que parte del trabajo que hemos adelantado a lo largo de dos años de encontrarnos para leer juntos textos de este pensador, para conversar sobre lo leído y para rumiar sus propuestas con las preguntas propias de cada uno y del grupo de estudio: Isabel Salazar, Lucero Soto, Lorena Aguirre, Alba Zuleta, Julie Arteaga, Diana Suárez, Santiago Gutiérrez, Alejandro López y Fernando Ríos.